



UN HALLAZGO ASOMBROSO.  
UN ENEMIGO IMPLACABLE.  
UNA SORPRENDENTE REVELACIÓN.

# ANDY McDERMOTT

## LA ALIANZA DEL GÉNESIS

LA FACTORÍA DE IDEAS

De Indonesia a Sudán pasando por la Antártida, la Alianza no se detendrá ante nada para proteger el mayor secreto del mundo.

# Índice de contenido

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

La alianza del Génesis (Best seller)McDermott,  
(Spanish Edition) Andy

# La alianza del Génesis

Andy McDermott

Traducción de Álvaro Sánchez-Elvira Carrillo

La alianza del Génesis (Best seller)McDermott,  
(Spanish Edition) Andy

Libros publicados de Andy McDermott

1. La tumba de Hércules
2. El secreto de Excálibur
3. La alianza del Génesis

Título original: The Covenant of Genesis

© Andy McDermott, 2009

Portada: © Alonso Esteban

Diseño de colección: Alonso Esteban y Dina-  
mic Duo

Derechos exclusivos de la edición en español:  
© 2014, La Factoría de Ideas.

C/Pico Mulhacén, 24. Pol. Industrial «El Alqui-  
tón». 28500. Arganda del Rey.Madrid.Telé-  
fono: 91870 45 85.

[www.lafactoriadeideas.es](http://www.lafactoriadeideas.es)

[informacion@lafactoriadeideas.es](mailto:informacion@lafactoriadeideas.es)

ISBN: 978-84-9018-340-3

Epub realizado por La Factoría de Ideas Servi-  
cios editoriales ([servicioseditoriales@lafactoria-](mailto:servicioseditoriales@lafactoria-)

[deideas.es](http://deideas.es))

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas» C/ Pico Mulhacén, 24. Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey. Madrid; o un correo electrónico a [informacion@lafactoriadeideas.es](mailto:informacion@lafactoriadeideas.es), que indique claramente:

**INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS**

La alianza del Génesis (Best seller)McDermott,  
(Spanish Edition) Andy

A mi familia y amigos.

## Prólogo

### Omán

El desierto árabe suele considerarse por lo general un páramo desprovisto de toda vida, pero a Mark Hyung le parecía que había incluso demasiada. Una nube de moscas lo estaba aguardando a medio vuelo cuando salió de su tienda justo después del amanecer, y ahora, tres horas después, al parecer habían llamado a todos los insectos en un radio de quince kilómetros para que se reunieran con ellas.

Murmuró una obscenidad y se detuvo. Se quitó las Oakleys y golpeó el aire con las manos. Las moscas se retiraron momentáneamente, pero muy pronto reanudarían sus ataques suicidas. Por enésima vez, se maldijo a sí mismo por haberse prestado voluntario para venir a este lugar.

—¿Algún problema, señor Hyung? —dijo Muldoon con desprecio apenas camuflado, deteniéndose a mitad de su ascenso de la colina. Oriundo de Nevada, y grande como un oso, acumulaba treinta años de experiencia en la prospección petrolífera. Era de piel bronceada y curtida, y de natural fanfarrón. Mark sabía que Muldoon lo consideraba poco más que un muchacho coreano de California, delgado y recién salido de la universidad, y que le inspiraba tanta admiración como las moscas del desierto.

—Ninguno en absoluto, señor Muldoon —respondió Mark. Se puso las gafas de sol de nuevo y sacó una botella de agua. Dio varios sorbos, se echó un poco en la mano e inclinó la cabeza hacia delante para humedecerse la nuca.

Algo en el suelo atrajo su atención, y se agachó para mirarlo mejor. Era un objeto familiar, pero tan fuera de lugar que le llevó un buen rato identificarlo: una concha marina,

una espiral fractal agrietada y arañada por el desierto y el tiempo.

—¿Ha visto esto?

—Sí —respondió Muldoon sin demasiado interés—. Están por todas partes. Esto era una playa antes. El nivel del mar estaba más alto que ahora.

—¿Ah sí? —Mark estaba familiarizado con el concepto de los cambios en el nivel del mar debido al cambio climático, pero hasta ahora solo lo había conocido a nivel abstracto—. ¿Hace cuánto?

—No sé, cien mil, ciento cincuenta mil años, algo así. — Muldoon señaló hacia una cima baja más adelante, su destino—. Deberían poner un hotel aquí. Rollo cavernícola, con tías vestidas con pieles. —Soltó una risilla lasciva.

Mark contuvo un suspiro. Hasta ahí llegaría la charla con este petrolero de la vieja guardia. Prefirió centrarse en guardar de nuevo la botella en su mochila.

—¿Vamos?

Sudando bajo el calor asfixiante, siguieron caminando entre las dunas otro kilómetro y se detuvieron por fin al pie de la colina. Muldoon usó un GPS portátil para comprobar su posición y después se pasó todo un minuto comparando el resultado con un mapa y una brújula mientras Mark lo miraba impaciente.

—Los satélites tienen un margen de error de apenas treinta metros —dijo por fin.

—Me fío más de mis ojos y un mapa que de cualquier ordenador —gruñó Muldoon.

—Para eso hemos venido hasta aquí, ¿no? Para demostrar que los ordenadores pueden ser más eficaces que el ojo humano.

—Y una mierda, más eficaces —murmuró Muldoon, lo bastante alto para que Mark pudiera oírle. Plegó el mapa—. Es aquí. Estamos a doscientos metros del campamento, como usted quería.

Mark miró atrás. Apenas visibles a través de la neblina asfixiante se encontraban las tiendas y las antenas de transmisión del campamento. Otros dos equipos habían salido al

mismo tiempo, también en camino a puntos situados a dos kilómetros de distancia, con objeto de formar un triángulo equilátero con el campamento en el centro.

—En ese caso —dijo, saboreando este breve instante de autoridad—, será mejor que empiece enseguida, ¿no cree?

Muldoon tardó una hora en preparar la carga explosiva.

—Es imposible que baste con esto —dijo mientras bajaba el cilindro metálico que contenía siete kilos de dinamita al agujero que acababa de cavar—. Harán falta al menos cien kilos. Tendremos suerte si las demás estaciones oyen la explosión siquiera.

—Ese es precisamente el propósito del experimento —le recordó Mark. Había dispuesto su propio equipo a una distancia segura: un transmisor/emisor de radio con batería portátil, conectado a un tubo metálico que contenía un micrófono—. Demostrar que no es necesario usar una tonelada de explosivos ni una plataforma de perforación, ni cien geófonos. Todas las simulaciones que hicimos indican que esto bastará para conseguir un mapa de contorno detallado.

—¿Simulaciones? —Muldoon casi siseó la palabra—. No pueden compararse con la experiencia. Y le aseguro que los resultados que obtenga serán solo aproximados.

Mark dio un golpecito a su portátil.

—Normalmente sí, pero no con mi software. Con él, cuatro geófonos bastarán para mapear toda la zona. Después ampliaremos los resultados, y Braxoil será capaz de cubrir la Península Arábiga entera con apenas dos docenas de hombres en menos de un año.

Estaba exagerando, y los dos lo sabían, pero el gesto disgustado de Muldoon era por sí solo lo suficientemente elocuente. Las prospecciones petrolíferas tradicionales eran operaciones enormes en las que participaban cientos e incluso miles de personas, que atravesaban laboriosamente territorios gigantescos para establecer hileras e hileras de micrófonos capaces de detectar los tenues ecos de las son-

das de sonar de ondas sonoras explosivas, que rebotaban en los perfiles geológicos de las profundidades de la tierra. El software de Mark, por el contrario, dejaba que el ordenador hiciera todo el trabajo: con solo cuatro geófonos, tres en las puntas del triángulo y el cuarto en el centro, era capaz de analizar los resultados para producir un mapa subterráneo tridimensional en unos minutos. A eso precisamente se debía el descontento de Muldoon: las prospecciones habituales, largas, laboriosas, y muy bien pagadas, serían pronto sustituidas por operaciones mucho más pequeñas, rápidas y baratas. No eran buenas noticias para todos los que tendrían que buscarse una nueva línea de trabajo, pero eran espléndidas para el balance financiero de Braxoil.

Si funcionaba, claro. Como Muldoon había dicho, todo se basaba en simulaciones. Esta sería la primera prueba sobre el terreno. Había cientos de variables que podían echarlo todo a perder...

Muldoon introdujo con cuidado el detonador en el cilindro y después se apartó.

—Listo.

—¿A qué distancia tenemos que ponernos? —preguntó Mark—. ¿Detrás de la radio?

Muldoon soltó una risilla burlona.

—Póngase donde quiera, señor Hyung, no pienso detenerle. Eso sí, yo voy a ponerme allí. —Señaló hacia la cima de la colina.

Mark rió a su vez, aunque la suya fue una risa nerviosa.

—Creo que... me fiaré de su experiencia.

Los dos ascendieron hasta la cuesta de la duna. No era demasiado alta, pero en la interminable llanura del desierto llamado Rub' al Khali, o el Barrio Desolado, como lo llamaban los extranjeros, destacaba como un faro en la costa. Mientras ascendían, el walkie-talkie de Muldoon graznó dos mensajes. Los otros dos equipos habían alcanzado también sus destinos, y colocado sus explosivos.

Todo estaba listo.

Tras coronar la cima, Mark bebió más agua y después abrió su portátil. El ordenador estaba conectado inalámbri-

camente a la unidad al pie de la duna, que a su vez estaba comunicada con el campamento base y con los otros dos equipos. El experimento dependía de que las tres cargas explosivas detonaran en el mismo instante: cualquier falta de sincronización supondría una demora de la llegada de las ondas de sonar reflejadas a los cuatro geófonos, lo que distorsionaría los datos geológicos, o, lo que sería aún peor, haría que fueran demasiado imprecisos para que el ordenador los analizara.

—Bien —dijo, con la boca más seca que nunca—. Estamos listos. La cuenta atrás de diez segundos empieza... ahora.

Pulsó una tecla. La cifra en la pantalla comenzó a contar hacia atrás.

Muldoon comunicó por radio que todo había comenzado y después se acurrucó en el suelo.

—Señor Hyung —dijo—, creo que debería dejar el ordenador en el suelo.

—¿Por qué?

—¡Porque no va a poder taparse los oídos con una sola mano! —Se tapó los oídos con las manos. Mark no se quedó atrás; se arrodilló a toda prisa, dejó el portátil en el suelo y se metió los dedos en los oídos.

La carga explotó, un ruido ensordecedor incluso con las orejas protegidas, un solitario redoble en las profundidades de su esternón. El suelo tembló bajo sus pies. Había cerrado involuntariamente los ojos; cuando los abrió de nuevo, vio una nube de humo elevándose de la base de la duna. A los lejos, otras dos erupciones se levantaron entre las olas visibles de calor, y se escucharon los estallidos correspondientes.

Una delgada lluvia de polvo y piedrecitas cayó alrededor de ambos. Mark cogió el portátil de nuevo y le quitó el polvo de la pantalla. Empezaban a llegar los primeros resultados: los geófonos confirmaban que estaban recibiendo los reflejos del sonar. Llevaría unos minutos recopilar todos los datos, y unos cuantos más para que el ordenador los procesara, pero la situación parecía prometedora.

Muldoon miró colina abajo.

—Demasiado cerca de la superficie —murmuró mientras se apartaba arena del rostro.

Mark estaba a su lado, inspeccionando los datos que seguían llegando.

—Ha ido bien. —Se estremeció al sentir un nuevo temblor de tierra bajo sus pies—. ¿Qué ha sido eso?

—No pueden ser las otras cargas, no eran lo bastante potentes... —Muldoon no terminó la frase; parecía inquieto. Mark alzó la vista, preocupado. El temblor estaba empeorando...

El suelo se derrumbó bajo sus pies.

Mark no tuvo tiempo siquiera de gritar antes de perder el aliento al caer por la ladera en una cascada de piedras y arena. Lo único que pudo hacer fue protegerse el rostro mientras caía a las rocas hasta entonces ocultas, llevándose golpes desde todos lados...

Algo le golpeó duramente en la cabeza.

Curiosamente, el olfato fue el primer sentido que recobró. Un sabor seco y salado llenaba su boca, empapando su lengua.

Mark tosió y después escupió arena. Le dolía la cabeza, justo donde había sufrido el impacto de la piedra. Trató de incorporarse, pero decidió que más le valdría quedarse inmóvil.

Un sonido amortiguado se convirtió lentamente en palabras, una voz que lo llamaba por su nombre.

—¿Señor Hyung? ¿Dónde está? ¿Puede oírme?

Muldoon. Parecía genuinamente preocupado, aunque Mark había recuperado el suficiente dominio de sí mismo para darse cuenta de que se trataba de una inquietud más profesional que personal. Muldoon estaba a cargo del especialista; una lesión bajo su vigilancia lo perjudicaría profesionalmente.

—Aquí —trató de decir, pero solo emitió un graznido apagado. Escupió otro montón de arena y volvió a intentarlo—:

Estoy aquí.

—Gracias a Dios. —Muldoon apartó unas cuantas piedras sueltas para acercarse a él—. ¿Está herido?

Mark consiguió limpiarse los ojos. El movimiento le hizo estremecerse: mañana iba a dolerle todo el cuerpo.

—Creo que no. —Giró la cabeza y contempló la ladera por la que había caído—. Vaya. Eso es nuevo.

Muldoon alzó la vista, y miró con sorpresa el paisaje que los rodeaba. El desprendimiento había expuesto una gran abertura en la ladera de la duna, una profunda cueva.

—Ha tenido suerte de no caer directamente. Se habría matado. —Le ofreció una botella de agua—. Tenga. ¿Puede moverse?

Mark aceptó la botella aliviado, y bebió con ganas. Después movió las piernas tímidamente.

—Creo que estoy bien. ¿Y el ordenador?

Muldoon levantó la pantalla, que además de estar agrietada estaba separada del resto del ordenador.

—No creo que esto lo cubra la garantía.

—Mierda —suspiró Mark.

Muldoon le ayudó a ponerse en pie.

—¿Seguro que está bien?

—Me duele la rodilla, pero por lo demás estoy bien.

—No sé. —Muldoon inspeccionó la cabeza del otro—. Tiene un corte bastante grande aquí, y si ha perdido el conocimiento puede que tenga una conmoción. Podríamos pedir un helicóptero para que le lleve al hospital de Salalah.

—Estoy bien —insistió Mark, y mientras pronunciaba esas palabras se preguntaba por qué no aceptaba la oferta de Muldoon para salir de una vez de aquel desierto—. ¿Ve el resto del portátil? Quizá pueda recuperar los datos del disco duro.

Muldoon resopló, pero se giró para buscarlo. Mark miró en dirección opuesta, hacia la entrada de la cueva. Resultaba difícil creer que una carga explosiva tan pequeña pudiera abrir una cueva tan grande.

A menos que siempre hubiera estado allí...

Ahuyentó ese pensamiento cuando vio el resto del portátil, en la entrada de la cueva.

—Ahí —le dijo a Muldoon, y cojeó hacia él. Estaba en un estado lamentable, pero a menos que el disco duro se hubiera partido en dos quizá pudiera salvar algo.

Se adentró en las sombras de la cueva y recogió el ordenador. Cuando sus ojos se adaptaron a la tenue luz, inspeccionó la carcasa. Estaba prácticamente intacta, golpeada pero no rota. Puede que el experimento no fuera un completo fracaso después de todo.

Algo más animado, Mark miró al interior de la cueva...

Y lo que vio le sorprendió tanto que dejó caer de nuevo el portátil.

Muldoon le dio una palmadita a Mark en la espalda.

—Bien hecho. Tenía mis dudas respecto a usted, pero va a conseguir hacernos ricos a todos.

—No de la manera que había planeado —dijo Mark.

—Qué más da cómo nos hagamos ricos... ¡Mientras ocurra!

Muldoon lo había seguido hacia el interior de la cueva, y había quedado tan sorprendido como su compañero por lo que yacía allí, aunque se recuperó de su asombro algo más rápidamente, y pidió por radio a los otros dos equipos que se reunieran con ellos enseguida. Uno de los otros tenía una cámara digital; cuando también ellos se hubieron recuperado de la sorpresa y obtuvieron pruebas fotográficas de su hallazgo, regresaron al campamento para enviar las imágenes a Houston vía satélite.

Mark no pudo evitar pensar que las cosas estaban yendo demasiado rápido para su gusto.

—Sigo pensando que deberíamos informar a los omaníes.

—Será una broma —dijo Muldoon—. La primera regla para trabajar aquí es: nunca le cuentes nada a los árabes hasta que los jefes te den permiso para hacerlo. Por eso la compañía tiene en nómina a tantos abogados, para asegurarse de que todo está bien atado. Eso en cuanto al petróleo.